

## LITERATURA Y SOCIEDAD PUERTORRIQUEÑAS

El estudio de las relaciones entre literatura y sociedad es relativamente reciente en nuestra lengua, y comienza por traducciones de obras extranjeras. Una simple lista de títulos y su data, sin pretensión de ser exhaustiva, ilustra bien el avance conseguido en esta disciplina a lo largo de unas tres décadas. El primero que ocurre es de Roger Caillois, *Sociología de la novela* (Buenos Aires, 1942), aparecido tres años antes que *Puissances du roman*, su versión original (*idem*, 1945). Aunque la obra cumple menos de lo que promete, la publicación anticipada en español indica el interés con que fue traducida. En 1944, El Colegio de México incluyó en sus *Jornadas* dos ensayos emparentados con el tema: *El contenido social de la literatura iberoamericana*, de Agustín Yáñez, y *El contenido social de la literatura cubana*, de José Antonio Portuondo; pero sólo en 1950 el Fondo de Cultura Económica publicó una obra, ya clásica, *El gusto literario*, de Levin L. Schücking, en cuya presentación Eugenio Imaz, promotor de la traducción, hace esta especie de llamamiento: "Uno piensa en seguida [de leer el ensayo de Schücking] en qué forma se podrían renovar los estudios de historia literaria de nuestros respectivos países si les inyectáramos substancia social y les hiciéramos dar el salto brusco desde la plataforma vacilante de la crítica 'literaria' y de la vaguedad histórico-sociológica". Ahora puede pensarse que Imaz estaba un poco exaltado por la lectura o acaso era un tanto injusto con las otras disciplinas.

Sin embargo, hubo quien tomó en su justo medio las palabras de Imaz; y lo hizo, precisamente, quien parecía menos indicado, por ser tenido como representante, por excelencia, de la crítica "literaria": Alfonso Reyes. El propio año de la muerte de Imaz y después de darnos una breve semblanza suya, de su carácter y de su labor entre nosotros, Reyes comenzó un ensayo sobre la "Interpretación social de las letras iberoamericanas", que no llegó a terminar por motivos de salud, pero del cual se publicó el proemio incluido en el volumen colectivo de *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo* (México, 1951). Poco después,

José Luis Martínez, en sus *Problemas literarios* (1955), recogió sus notas críticas sobre los libros de Caillois y Schücking y su ensayo sobre "Problemas de la historia literaria", comentado por Reyes en carta privada, que ahí se publica muy oportunamente. Reyes formula cuatro sugerencias o modos de historia literaria —como él diría—, inspiradas en las conferencias de Jules Romains sobre Víctor Hugo (México, 1943), dos de las cuales vale citar aquí: "Una historia de las opiniones del gran público, historia del éxito contemporáneo [y una] historia de la literatura como expresión de la sociedad, según la perspectiva sociológica... Nuestra América, que ha producido una literatura abundantísima bajo los estímulos sociales... podría ser un campo fecundo para este tipo de investigaciones" (pp. 60-62).

En esta década de los cincuenta cabe agregar dos obras de autores europeos residentes en América: las reflexiones del novelista y sociólogo español Francisco Ayala, entonces en la Argentina, que se publican en México bajo el rubro de *El escritor en la sociedad de masas* (1956), y el manual de Robert Escarpit, diplomático en México cuando aparece la primera edición de su *Sociologie de la littérature* (1958), traducida luego en Buenos Aires (1962). La divulgación de las obras de Georg Lukács en español, que han sido tan incitantes y acatadas en este campo, puso también de manifiesto que los "dos núcleos capitales" del idioma, México y Buenos Aires —como sostenía Francisco Ayala— también lo eran de la inquietud intelectual del mundo hispánico. La *Significación actual del realismo crítico* (1963) y *La novela histórica* (1966) se publicaron en México; la *Teoría de la novela*, con el epílogo de Lucien Goldmann (1966), en Buenos Aires. España se hace presente con la traducción de los trabajos de Goldmann agrupados en el volumen *Para una sociología de la novela* (Madrid, 1967); el retraso fue advertido de inmediato por Andrés Amorós en su graciosa y pesimista *Sociología de una novela rosa*, léase Corín Tellado (*idem*, 1968).<sup>1</sup> Desde entonces la producción española ha ido en aumento.

En Hispanoamérica, la preocupación social de sus críticos se ha orientado hacia temas muy generales o demasiado monográficos. Los primeros —como la cultura en América, el america-

<sup>1</sup> Cuadernos Taurus nº 77. "Así pues, estos temas pueden tener, en el futuro, una importancia difícil de prever. El estudio de la cultura de masas no es algo tan fútil como a primera vista puede parecer. A España está llegando, como tantas otras cosas, con retraso; pero también como tantas veces, va a ponerse de moda con gran rapidez" (pp. 10-11).

nismo en sus varios aspectos— han sido manejados, preferentemente, por los profesionales de la filosofía o de la historia de las ideas. Los segundos cuentan con una bibliografía tan abundante como la literatura producida “bajo los estímulos sociales”, que es imposible documentar brevemente. En general, puede decirse que el modernismo y su literatura son los favoritos de las interpretaciones sociales y de las polémicas consiguientes. Recuérdese el caso de Manuel Pedro González y Juan Marinello *et al*, que parece continuarse en Ángel Rama y Françoise Pérus.<sup>2</sup> Otro tema favorecido es el de la novela contemporánea y, dentro de ella, el de las novelas de las dictaduras.<sup>3</sup> Por otra parte, también se plantean los críticos hispanoamericanos los problemas teóricos de la interpretación social de la literatura, lo cual promete buena cosecha en todos aspectos.<sup>4</sup>

Pocos trabajos, hasta ahora, se refieren a la literatura de un país en particular; casi como excepción aparece la obra de José Luis González, *Literatura y sociedad en Puerto Rico*, que viene a poner de relieve la interrelación de ambos hechos en el país más conflictivo, sin duda, del mundo hispánico.<sup>5</sup> González, bien conocido y estimado como narrador y catedrático, ofrece en este volumen la confluencia de virtudes de su personalidad; del creador literario proviene la visión coherente de los objetos; la expresión clara y precisa procede del ejercicio expositivo y metódico de la cátedra. A esto hay que agregar la constante in-

<sup>2</sup> ÁNGEL RAMA, *Rubén Darío y el modernismo (Circunstancia socioeconómica de un arte americano)*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970; 128 pp. (Colección *Temas*, nº 39) y FRANÇOISE PÉRUS, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. La Habana, Casa de las Américas, 1976; 162 pp.

<sup>3</sup> Por ejemplo, ÁNGEL RAMA, *Los dictadores latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976; 64 pp. (Colección *Testimonios del Fondo*, nº 42).

<sup>4</sup> La revista *Escritura* (Teoría y crítica literarias), de la Universidad Central de Caracas, publica en su primer número, enero-junio de 1976, los trabajos de RAFAEL GUTIÉRREZ GIRADOT, “Teoría social de la literatura”, pp. 40-56; y de ÁNGEL RAMA, “Literatura y clase social”, pp. 57-75: El de Gutiérrez Girardot puede verse también en sus *Horas de estudio*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976; 394 pp. (Colección *Autores Nacionales*, nº 17); ya en 1968 el autor había dictado una conferencia en el Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Bonn, con el título de “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”, ahora en este volumen, pp. 133-154.

<sup>5</sup> *Literatura y sociedad en Puerto Rico. De los cronistas de Indias a la Generación del 98*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976; 248 pp. (Colección *Tierra Firme*).

formación allegada y la revisión a que sometió durante 17 años "la primera versión de este trabajo", presentado como requisito académico para obtener el grado de Maestro en Letras en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, el año 1959.

La sola variante del título original es significativa; la declaro porque la corta edición mimeográfica del *Proceso de la literatura puertorriqueña* sólo debe conservarse en poder del autor, de las dependencias universitarias y, quizá, de los que fuimos sus examinadores. Si el subtítulo se ha mantenido igual, es porque el marco histórico no ha variado; en cambio, lo que se preparaba como un ambicioso "Proceso" de la literatura en Puerto Rico se centra ahora en dos aspectos fundamentales: Literatura y Sociedad; no trata de ser una historia de la literatura de ese país, ni una sociología de esa misma literatura, ni un ensayo sobre las peculiaridades puertorriqueñas o las calidades literarias, sino la exposición histórica de cómo aparece la literatura en la sociedad y la sociedad en la literatura de esa nación o, como lo dice el autor, "Nuestra intención ha sido la de trazar... el desarrollo de esa literatura dentro del proceso histórico general de la nación en cuyo seno se gestó y de cuya realidad se ha nutrido siempre" (p. 9).

Un trabajo de esta índole depara no pocas sorpresas en la valoración de períodos, movimientos, obras y personalidades, sobre todo si se toma en cuenta que la literatura puertorriqueña, entre las producidas en los países latinoamericanos más pequeños, es de las más profusamente estudiadas. Bibliografías, historias, panoramas, antologías, diccionarios, críticas y polémicas, son numerosas y han formado criterios que tienden a inmovilizarse. Así, por ejemplo, el capítulo I, dedicado al siglo XVI, se inicia con *Una rectificación necesaria* a la opinión de Antonio S. Pedrería, sobre los tres siglos de "desesperante desierto cultural" —los primeros de la dominación hispánica—, y la conclusión del mismo autor: "la literatura con todos sus elementos condicionantes [es en Puerto Rico] obra exclusiva de nuestro siglo XIX" (*Insularismo*, Madrid, 1934). González nos hace ver que "una literatura 'con todos sus elementos condicionantes' es concebible únicamente como resultado de un proceso de gestación y desarrollo. Y, en el caso de la literatura puertorriqueña, ese proceso, lento y penoso por cierto, hay que buscarlo justamente en esos tres primeros siglos de nuestra vida de pueblo hispanoamericano" (p. 16).

Preocupación constante de la historiografía de la literatura

puertorriqueña ha sido la de comprobar o rechazar la llegada a tiempo o con retraso de los movimientos literarios extranjeros. "Todo nos llegó mermado y retrasado", dice Pedreira, al referirse a la cultura española en Puerto Rico. En el siglo XIX, "el tipo de romanticismo que en la Isla se abre paso desde temprano tuvo signo aristocratizante restaurador, meramente emotivo y nada revolucionario" (Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña*, New York, 1956, pp. 111-112); lo que González glosa de esta manera: "El romanticismo no llegó tarde... pero fue un huésped indeseado" (p. 91). La historia y la crítica del modernismo es más controvertida aún: "Consideramos el modernismo [como] un esfuerzo heroico por superar creadoramente la angustia del 98 puertorriqueño", escribe la doctora María Teresa Babin (*Panorama de la cultura puertorriqueña*, New York, 1958, p. 382); pero antes y después de ella se afirma que el movimiento modernista llegó tardíamente, como lo hace Adriana Ramos Mimoso (*Literatura puertorriqueña*, San Juan, 1960, p. 182); o se proponen precursores —v. gr. José de Jesús Domínguez (1843-1898)— por parte de Ana María Losada (1947) y Manrique Cabrera (1956); o los niegan, como Hugo Cerezo Dardón (1973), los tres citados por González (pp. 144-145). "La polémica, pues, queda entablada. Nuevas aportaciones críticas arrojarán, seguramente, nueva y necesaria luz sobre este caso intrigante" (pp. 145-146).

La tesis de Enrique A. Laguerre (1941), *La poesía modernista en Puerto Rico* (San Juan, 1969), presenta a otro precursor más tardío: José Antonio Daubón (1840-1922), en cuyas *Poemas* (1900) "se advierten señales de renovación que prefiguran el advenimiento del modernismo" (p. 213); su poema "Adiós", en alejandrinos, "recuerda lejanamente los motivos y procedimientos de Poe", según Laguerre (p. 34). Por el contrario, Jaime Luis Rodríguez Velázquez, en *La poesía del romanticismo al modernismo en Puerto Rico* (1965) —tesis presentada en la Universidad de México, pero sólo impresa informalmente hasta ahora— fecha la llegada del modernismo con la aparición de textos de Rubén Darío en la prensa puertorriqueña, aunque también a su vez propone dos precursores: José de Jesús Domínguez y José de Diego (1866-1918). En concreto, Rodríguez Velázquez sostiene (p. 96) que "después de haber visto el interés que suscitó la vida y la obra de Darío en Puerto Rico a partir de 1890 nos vemos obligados a reafirmar nuestro planteamiento de que

el modernismo no llegó tarde... y que el país no permaneció ajeno a las corrientes culturales del mundo".<sup>6</sup>

Otra vez, como escribe José Luis González a propósito del precursor José de Jesús Domínguez, "la polémica... queda entablada", y aunque él no la rehuye y aun acepta en su obra "la índole francamente polémica de muchos de nuestros planteamientos" (p. 9), estos planteamientos nuevos, novedosos, se refieren a los aspectos políticos, sociales y económicos, no a los histórico-literarios, por más que todos éstos se deriven de la continuada situación colonial de Puerto Rico: cuatro siglos de dominación española, sucedida por la norteamericana desde 1898 hasta hoy. Tal circunstancia no ha permitido a Puerto Rico un desenvolvimiento paralelo, ni siquiera análogo, al de sus naciones hermanas hispanoamericanas. Por tanto, el desarrollo de los movimientos literarios ha sido muy accidentado, sinuoso, movedizo, a veces subterráneo o a destiempo. De ahí quizá el empeño de González de no entrar en detalles, que en Puerto Rico descomponen el cuadro, en lugar de enriquecerlo o matizarlo. Así, el modernismo (que seguramente abrirá la próxima segunda mitad de esta obra) aparece ahora, de vez en cuando, entremezclado, anticipado o rezagado, tal como se dio en esa sociedad sujeta e inconforme de fines del siglo XIX, a la que tocó vivir la parte más trágica del Desastre del 98.

El autor, consciente más que nadie de estos escollos, ha querido explicar, desde la breve "Introducción", el modo de tratamiento que decidió dar a su trabajo: "Una de nuestras preocupaciones cardinales en la elaboración... ha sido el logro de una justa periodización del proceso reseñado. A tal fin optamos por un criterio flexible que tomara en cuenta tanto los períodos históricos generales como los de la evolución literaria en particular. Así hemos tratado de evitar la inconveniente subordinación de los unos a los otros, salvando al mismo tiempo la continuidad y coherencia de la exposición" (pp. 9-10), cosa que desde luego ha conseguido cabalmente y con la ventaja de un estilo bien ejercitado.

<sup>6</sup> Aunque entonces no se podía identificar totalmente a Darío con el modernismo, es revelador que la gacetilla puertorriqueña que da la noticia de su paso por la Isla, procedente de España, 3 de diciembre de 1892, se refiera ya a "la gallardía de la escuela española y a las exquisitas delicadezas del modernismo francés" que Darío sabe juntar en su poesía (p. 93). Con su visita a la redacción de *El Buscapié* afirmó Darío su amistad con Manuel Fernández Juncos, probada después en cartas, comentarios y reproducciones de piezas literarias y noticias de ambos (pp. 94-96).

En la primera parte, titulada "Las Raíces" (siglos XVI, XVII y XVIII), cabe destacar la inclusión de un "nuevo" cronista, fray Tomás de la Torre, compañero del Padre Las Casas en su viaje *Desde Salamanca, España, hasta Ciudad Real, Chiapas*, en 1544; pasaje sumamente pintoresco, que describe la Isla, los puertos de San Juan y San Germán, y los frutos de la tierra. Debe advertirse que no se ha tomado en cuenta en obras como las de Manrique Cabrera (1956) y la doctora Babín (1958) ni en antologías como la de *Crónicas de Puerto Rico*, de Eugenio Fernández Méndez (San Juan, 1957, 2 vols.). Este documento literario debe situarse entre los conocidos de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535) y la *Memoria y descripción* de Johan Melgarejo (1582); según González, "pocos de los escritos del dieciséis relativos a Puerto Rico compiten en gracia y poder descriptivo con los pasajes que a la isla dedica fray Tomás de la Torre" (p. 28). Y bien que tiene razón.

Por lo que toca al siglo XVII, vale la pena detenerse en dos opiniones sobre el protagonista de los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), de Sigüenza y Góngora: González no se limita a sugerir que Ramírez, el aventurero puertorriqueño, "aportó algo más que el mero asunto de la obra"; siguiendo a Menéndez Pelayo en la suposición de que Sigüenza "recogió de labios de Alonso Ramírez la relación de sus aventuras, y las trasladó puntualmente", llega a reclamar para el puertorriqueño la copaternidad de la obra (p. 40). Por otra parte, al tratar de las actividades marítimas de Ramírez, González, sin el menor asomo de beatería nacional, se inclina en favor de la tesis de Willebaldo Bazarte Cerdán (1958), que no considera a Ramírez como un simple marino cautivo, sino como un pirata bien hecho, a juzgar por el espléndido regalo de una fragata, armada y pertrechada abundantemente, que le hicieron sus "colegas" ingleses al dejarlo partir hacia las costas de Yucatán (p. 42).

En el siglo XIX nace, efectivamente, una literatura puertorriqueña, abonada por la poesía popular, el periodismo liberal y el romanticismo de la época. Indigenismo, criollismo, costumbrismo, regionalismo y otros *ismos* populares surgieron espontáneamente, pero fueron vigilados por la censura. Tal ocurrió con la primera obra teatral de Alejandro Tapia y Rivera, en 1847, que fue prohibida, o con *El gíbaro*, escenas costumbristas del campesino, publicado por Manuel Alonso Pacheco en 1849, cuya redacción postergó el autor por "algunos años", temeroso de "una crítica severa"; y, cuando al fin la realiza, se vale de "ciertas

tintas [que] no hieran demasiado la vista de algún amante de la sombra". Son frases del autor, citadas por González (pp. 103-104).

Sin duda, como piensa González, las figuras principales de este primer romanticismo puertorriqueño y por encima de Alonso Pacheco (1822-1889), son el polígrafo Alejandro Tapia y Rivera (1826-1882) y el poeta José Gautier Benítez (1851-1880), el romántico por excelencia, becqueriano delicado y patriótico, cuyos "cuadros sociales", por desgracia, no se han recogido (pp. 112-123). Y he aquí que, de pronto, nos encontramos con un "Resurgimiento neoclásico", fenómeno que González razona de esta manera: "Desaparecidos Tapia y Gautier, el romanticismo puertorriqueño quedó huérfano de figuras conductoras. Y el neoclasicismo, que durante todos aquellos años [románticos] había conservado sin mayor mengua el prestigio de lo tradicional y establecido, cobró naturalmente nuevos bríos y logró señorear una vez más el ámbito todavía reducido de la literatura nacional" (p. 124). El conservadurismo político favorecía al neoclasicismo; los románticos "que no se avinieron al empleo de la sordina ideológica" o a la censura colonial fueron al destierro (Hostos, Francisco Gonzalo Marín, Bonocio Tió, etc.).

El "apogeo romántico", que por supuesto significa una recuperación del terreno perdido, cuenta con poetas distinguidos, como Lola Rodríguez de Tió (1843-1924), Francisco Gonzalo Marín (1863-1896) y el ya mencionado como precursor modernista: José de Jesús Domínguez. La personalidad descollante es la del doctor Ramón Emeterio Betances (1827-1898), médico galardonado en Francia, donde estudió e hizo suyo el idioma, en el cual escribió novelas cortas "cargadas de simbolismo libertario", poesías, una comedia y traducciones del latín y del inglés. Es el "prototipo del revolucionario ilustrado", que despliega su labor en todas las Antillas y en todos los sitios donde se junta la emigración inconformista. En la prensa europea y americana firmó muchas veces como "El Antillano", pseudónimo que realmente merecía por su conducta. Fue el apóstol del separatismo puertorriqueño y el inspirador de la insurrección de Lares, que pretendía establecer la República independiente en 1868. La revaloración de Betances como intelectual revolucionario que González lleva a cabo constituye una aportación singular (pp. 75-79 y 147-149), paralela a la que hace de Eugenio María de Hostos (1839-1903), más conocido por el alto



magisterio hispanoamericano que desempeñó en el aspecto político y literario (pp. 161-172).

Una tercera corriente, entre el sobreviviente neoclasicismo y el prolongado romanticismo, vino a ser el realismo costumbrista, que tuvo como precursor a Manuel Alonso Pacheco, con *El gíbaro*. El costumbrismo puertorriqueño, a veces mezclado con el "tradicionalismo" a lo Ricardo Palma, como en toda Hispanoamérica, tiene un máximo representante: Manuel Fernández Juncos (1846-1928). Nacido asturiano, llegó a ser considerado como el típico escritor puertorriqueño que por sus narraciones, sátiras, antologías y críticas literarias, revistas y periódicos, como *El Buscapié* y la *Revista de Literatura, Ciencias y Artes*, elogiada por Menéndez Pelayo. Ambas publicaciones fueron una suerte de vasos comunicantes entre Puerto Rico, España y América, aunque cada una con su carácter peculiar, como dan a entender sus títulos. Así, no resulta extraño que Rubén Darío hubiera visitado, y únicamente, a Fernández Juncos, durante su breve paso por la Isla, y después comentado con simpatía sus *Tipos y caracteres*,<sup>7</sup> que no tienen nada de modernistas.

A la obra costumbrista de Fernández Juncos hay que sumar el teatro de la misma índole de Ramón Méndez Quiñones (1847-1889), el primero que acertó a componer "cuadros dramáticos" con el habla del jíbaro, y la novela *Inocencia* (1884), de Francisco del Valle Atilés (1847-1917), influida ya por el naturalismo francés y considerada como "la primera novela realista" de Puerto Rico (pp. 155-160). La obra narrativa de Salvador Brau (1842-1912), más conocido como político, sociólogo, historiador

<sup>7</sup> Lidio Cruz Monclova (1957) y Luis Hernández Aquilo (1960), citados por Rodríguez Velázquez (1965), se han referido al comentario de Darío a *Tipos y caracteres*, pero no declaran su ubicación ni proporcionan el texto: "*Tipos y caracteres puertorriqueños*.—(Imprenta Nacional.—Biblioteca del Buscapié.—San Juan de Puerto Rico).—[1893; 254 pp.]. Un escritor antillano cuyo nombre es muy conocido en el mundo literario de lengua castellana, nuestro amigo Fernández Juncos, director de la *Revista Puertorriqueña* y del ameno semanario *El Buscapié*, ha publicado la tercera edición aumentada de su libro *Tipos y caracteres*. El señor Fernández Juncos pinta con un estilo juguetero y ligero escenas, costumbres y figuras típicas de su país en esta obra entretenida, correcta y de gran interés local. Al final del prólogo dice el autor: «Tras de este volumen de *Tipos y caracteres* se seguirá otro de *Costumbres y tradiciones*, cuya edición se ha comenzado ya». Aguardamos" (R. D., en *Revista de América*, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1894, año I, núm. 2 sección "Libros y Periódicos", p. 40). La primera edición de *Tipos y caracteres* es de 1882; la edición comenzada de *Costumbres y tradiciones* al parecer, no llegó a publicarse. Sólo se conoce una de 1883.

y poeta, acaso deba inscribirse forzosamente en esta corriente, sobre todo *La pecadora* (1887), "narración puertorriqueña".<sup>8</sup>

Dos escritores, cuya vida y obra van a horcajadas entre el siglo XIX y el XX y que testimoniaron de modo diverso el trágico '98, son objeto de una revisión crítica: Luis Bonafoux y Manuel Zeno Gandía. Nacidos ambos en 1855, comenzaron a publicar narraciones naturalistas hacia 1894: *Esbozos novelescos* y *La charca*, respectivamente, precedidas de primicias de menor monta. Bonafoux abandonó la ficción y se dedicó al periodismo político y literario, a la crítica teatral, a la sátira de las costumbres, a la polémica personal, a la crónica de acontecimientos sociales, artísticos y mundanos. Fue tenido como un maestro en el género; fue temido y admirado a la vez en las dos orillas del Atlántico. Aunque sus estadías en Puerto Rico fueron cortas, la impronta que recibió en la niñez y adolescencia debió de ser fuerte y emotiva; su relación con el patriota Betances la consagró en un estudio biográfico y un epistolario (Barcelona, 1901, 560 pp.) Su propia vida y bibliografía "aguardan un merecido estudio a fondo", como el que pedía Manrique Cabrera (1956), como el que inicia ahora González (pp. 189-193), que pondría en claro su actitud frente al '98 y la dominación norteamericana.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Según González, *Una invasión de filibusteros* (1881) y *Un tesoro escondido* (1883) son "relatos regionales" (p. 150); la novela corta *Lejanías o El relicario del capitán* (s. f.), se desarrolla "en la región costera del occidente de la isla"; *El fantasma del puente* es una "leyenda cabo-rojeña" (San Juan, Tip. La Azucena, 20 pp.), que González no cita y Pedreira registra sin fecha; y en fin *La pecadora*, otra novela corta, se publicó primero en la *Revista Puertorriqueña* (1887, vol. I) y después en edición individual (San Juan, Imp. González, 1890; 70 pp.), "en cuyo tratamiento del ambiente y de los personajes rurales se advierte ya, bien que débilmente todavía, la influencia del naturalismo francés" (p. 150). Sobre este último punto, vale señalar una contradicción cronológica, que aparece más adelante: "La influencia del naturalismo francés, que apuntaba débilmente en *La pecadora* [1887] de Salvador Brau, vuelve a manifestarse en *Inocencia* (1884), de Francisco del Valle Atilés" (p. 159). No pudo volver a manifestarse en *Inocencia*, puesto que esta novela es anterior y más naturalista que *La pecadora*.

<sup>9</sup> La actividad periodística personal de Bonafoux es capital en este aspecto. González asegura que "de vuelta en Madrid poco después [de 1888], fundó y dirigió dos publicaciones periódicas: *El Español* y *La Campaña*, y formó parte de la redacción de *El Liberal* y *El Heraldo de Madrid*" (p. 190). Los títulos de otros dos periódicos suyos, publicados en París, están relacionados con esa época de Madrid: *La Campaña*, 5 de enero de 1898 a 5 de agosto de 1900; y *Heraldo de París*, 20 de octubre de 1900 a 23 de

Zeno Gandía (1855-1930), "la más alta figura de esta generación literaria" (la del 98), comenzó precozmente como autor dramático y de novelas cortas, en pleno auge de psicologismo romántico, pero dio un viraje radical hacia el realismo naturalista con sus *Crónicas de un mundo enfermo* (1894-1925), ciclo de cuatro novelas que toman diversas zonas rurales y urbanas, y opuestos núcleos sociales y políticos, para crear un gran fresco de la nación puertorriqueña. *La charca* (1894) se desarrolla en la región cafetalera; *Garduña* (1896), en la cañera; *El negocio* (1922), en un puerto; y *Redentores* (1925), en la zona política metropolitana. La vida y la obra del autor son divididas por el 98 y el nuevo dominio norteamericano. A las injusticias de los ricos hacendados de las primeras Zeno opone denuncias y proposiciones de reforma social. Aquí estudia González, muy puntualizadamente, la actitud de Zeno ante el jíbaro, desdeñosa, elusiva aun en la propia palabra "jíbaro", que no figura por ningún lado en *La charca* (pp. 197-198). González analiza esa actitud, la de la burguesía criolla "que se sentía portadora de la renovación y el progreso" y que en 1898 pierde su papel y se refugia en el tradicionalismo ruralista (pp. 198-199). *El negocio* y *Redentores* presentan "la lucha entre criollos y peninsulares", y entre puertorriqueños y norteamericanos, respectivamente. "Zeno, que no es un reaccionario, siguió emperó, en lo fundamental, las tendencias ideológicas de su clase. De ahí que en sus dos últimas novelas publicadas la preocupación política sea la dominante" (p. 201). En el último capítulo, dedicado a "Los poetas", los conflictos internos de los escritores, ya literarios, ya políticos, parecen agravarse. Las páginas en que González explica la conducta de José de Diego en ambos terrenos son significativas (pp. 218-225); el 98 y su secuela incidieron profundamente en la creación puertorriqueña. A la llegada tardía de los movimientos culturales a la Isla, a la censura colonial, a la emigración de los mejores, debe agregarse la sorpresiva

diciembre de 1901. Además de las colaboraciones de Bonafoux, se publicaron varias de Unamuno, Baroja, Darío, Gómez Carrillo, Azorín, Pedro Emilio Coll, Miguel Eduardo Pardo, Vargas Vila, etc. Hay colección completa de ambos en la Biblioteca de la Universidad de Cornell, Ithaca, New York, con las siguientes signaturas: AP/64/C18++ y AN/H53+/, respectivamente. Sobre la posición política de Bonafoux en esos años, véase la carta manuscrita de Theodore Stanton (al frente del vol. II de *La Campaña*), al parecer coleccionista de los tres volúmenes y agente de los Estados Unidos en París; con su obra sobre Betances se cierra, presumiblemente, esta época.

agresión que dividió aun más a la sociedad y la sumergió en una indefinición traumática. La segunda parte de esta obra será, sin duda, más positiva, menos pesimista.

La obra narrativa de González se ha venido desarrollando, paralelamente, también entre correcciones, adiciones y nuevas piezas. Algunos períodos de su producción se antojan poco fértiles; un estudio detallado demostraría que ha invertido buen tiempo en depurar y enriquecer lo que hasta la fecha tenía escrito o publicado. Una ojeada rápida nos acercará al proceso que ha cumplido el narrador. El período juvenil está representado por tres impresos de los años cuarenta: *En la sombra* (1943), *Cinco cuentos de sangre* (1945) y *El hombre en la calle* (1948); después viene la primera época mexicana: *Paisa* (1950) y *En este lado* (1954) y una reedición de *Paisa* (1955). Un aparente silencio editorial en los años sesenta es llenado con creces en los setenta: *La galería y otros cuentos* (1972), *Mambrú se fue a la guerra y otros relatos* (1972), *En Nueva York y otras desgracias* (1973) y *Cuento de cuentos y once más* (1973). Se anuncia para este año otra colección de cuentos, todavía sin título, y una novela, *Balada de otro tiempo*.

En la última colección publicada, bajo título quevediano de "Cuento de cuentos", González nos da unas páginas autocríticas, autobiográficas en suma, que no tienen pérdida. Tendrán que aprovecharse en el primer estudio serio que se le dedique: "Con la publicación de los once cuentos que integran el presente volumen doy por terminada la reedición de los que llevo escritos hasta ahora. Los demás han sido recogidos en otros tres libros: *La galería*, *Mambrú...*, y *En Nueva York...* Faltan sólo dos cuentos por reeditar: 'El viento' y 'En este lado'... Volveré a editarlo cuando logre corregir su final un tanto inverosímil" (pp. 7-8). Reeditar para González es corregir, gramatical y estilísticamente, y, alguna vez, reestructurar lo que antes escribió. Dedicación, decoro, honradez. El mismo método moral e intelectual que ha aplicado a la segunda versión de *Literatura y sociedad en Puerto Rico*.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ